



## EDUCAR EN TIEMPOS DE CRISIS

Autor: Antonio Pérez Esclarín\*  
pesclarin@cantv.net

CENTRO DE FORMACIÓN DE FE Y ALEGRÍA.  
MARACAIBO-VENEZUELA

\* Doctor en Filosofía por la Universidad del Ecuador. Magíster Teología por el Woodstock College de Nueva York. Licenciado en Educación por la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. Director del Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría, que coordina las políticas de investigación, formación docente y publicaciones. Coordinador del Proyecto de Formación de Educadores Populares en 14 países de América Latina, orientado a formar más de 25.000 educadores de Fe y Alegría. Investigador y Autor de Libros.

Por estar muy convencido de que tanto la humanidad como la educación atraviesan una profunda crisis de orientación y de sentido, quiero comenzar mis reflexiones, con un ferviente llamado al coraje y la esperanza. Sobre todo en estos tiempos en que parecemos hundidos en una crisis interminable y sentimos que tanto el país como el mundo andan desrumbados, a la deriva. Vivimos en la total incertidumbre y desencanto, con una sensación de destierro, de orfandad, que nos ahoga.

En Venezuela, nos sentimos rotos, divididos, terriblemente polarizados. Donde las palabras, en vez de ser puentes que nos unen, son muros que nos separan y alejan. Palabras convertidas en rumor que sobresalta, en grito que intenta ofender y destruir. Palabras, montones de palabras muertas, sin carne, sin contenido, sin verdad. Dichas sin el menor respeto a uno mismo ni a los demás, para salir del paso, para confundir, para ganar tiempo, para acusar a otro, sin importar que sea inocente, para sacudirse de la propia responsabilidad. Palabras con enfervorizados llamados al diálogo, sin verdadera disposición a encontrarse con el otro y su verdad.

Por ello, hay diálogos que, en el mejor de los casos, son sólo monólogos yuxtapuestos, de los que se sale más escéptico, más herido, más dividido. Por eso, y no me cansaré de repetirlo, en Venezuela necesitamos con urgencia **Aprender a Escucharnos**. Escuchar antes de diagnosticar, de opinar, de juzgar. Escuchar no sólo las palabras, sino el tono, los gestos, el dolor, la frustración, la ira. Escuchar para comprender y así poder dialogar. El diálogo exige respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad. El que cree que posee la verdad no dialoga, sino que la impone, pero una verdad impuesta por la fuerza deja de ser verdad. El diálogo supone búsqueda, disposición a cambiar, a “dejarse tocar” por la palabra del otro. El diálogo verdadero implica voluntad de querer entender y comprender, disposición a encontrar alternativas positivas para todos, opción radical por la sinceridad, respeto inquebrantable a la verdad que detesta y huye de la mentira. Necesitamos escuchar y también **escucharnos**. Escuchar nuestro silencio para ver qué hay detrás de nuestras palabras, de nuestros sentimientos, de nuestras poses e intenciones, de nuestro comportamiento y vida que, con frecuencia, ahoga nuestras

palabras: (“El ruido de lo que eres y haces no me deja escuchar lo que me dices”); para intentar ir al corazón de nuestra verdad, pues con frecuencia, repetimos fórmulas vacías, frases huecas, mera retórica, e incluso nos hemos acostumbrado a mentir tanto que estamos convencidos de que son ciertas nuestras mentiras.

En tal sentido, si a todos nos preocupa, y con razón, la terrible devaluación de nuestra moneda, debería preocuparnos todavía más, la devaluación de la palabra. Es imposible construir un país si la palabra no tiene valor alguno, si lo falso y lo verdadero son medios igualmente válidos, para lograr los objetivos. Por ello, necesitamos una educación que le devuelva a la palabra su valor, que la haga carne y la haga vida. Necesitamos aprender a hablar y escuchar palabras verdaderas, encarnadas en la conducta y en la vida. No olvidemos nunca que, como solía repetir José Martí, “El mejor modo de decir es hacer”. Sólo palabras-hechos, sólo la coherencia entre discursos y políticas, entre proclamas y vida, nos podrá liberar de este laberinto que nos asfixia y nos destruye.

Necesitamos también **Aprender a mirarnos**, para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y ya no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero, un aliado con el que se construye un horizonte común, un país, en el que se convive a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y celebra que seamos distintos. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho a ser y pensar de un modo diferente. El enemigo, en cambio, es un opositor al que hay que vencer y destruir. De ahí que algunos llegan a pronunciar sin el menor pudor ni responsabilidad esa terrible palabra **guerra**, como posible solución y salida de la crisis, ignorando que la guerra no es solución de nada sino profundización insondable de todos los problemas.

**Mirada** que se esfuerza por comprender al otro y es capaz de acercarse a su dolor, su agresividad, sus problemas, su hambre. Mirada cariñosa que no excluye a nadie, sino que incluye a todos, que acoge, estimula, supera las barreras, da fuerza, genera confianza: “Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón” (Saint Exupéry). Mirada capaz de asombrarse, atenta para descubrir el misterio que se oculta en cada cosa, en cada persona, para ver las posibilidades, los talentos ocultos, las fortalezas de cada uno, para que los convierta en vida, en dignidad. Mirada capaz de verse en los ojos del otro, que se pregunta por qué lo veo así y por qué él me ve de esta manera. Mirada profunda, crítica, que indaga por qué las cosas están como están y no se contenta con explicaciones superficiales, con repetir slogans y frases hechas, sino que trata de ir al fondo de los problemas, de los conflictos, para convertirlos en oportunidades de crecimiento. Mirada, en consecuencia, creadora, capaz de ver la estatua en el tronco deforme, la catedral en la roca, el país posible en nuestro desconcierto. Mirada creadora que se va haciendo proyecto, compromiso. Mirada atenta para descubrir las posibilidades, los talentos ocultos, las fortalezas de cada uno, para que los convierta en vida, en dignidad. Mirada amorosa que no excluye a nadie, sino que incluye, acompaña, respeta, genera confianza.

En Venezuela sufrimos un muy largo déficit de escucha y de mirada. Los más privilegiados han sido incapaces de escuchar los gritos desgarradores de la realidad y de asomarse al dolor de los demás. No han escuchado ni visto su hambre, su ignorancia, su miseria... De ahí que la educación debe enseñarnos, en primer lugar a escucharnos y a mirarnos. Esta necesaria disposición a escucharnos y mirarnos con los

ojos del corazón, no puede perder de vista el contexto de crisis mundial que estamos viviendo, en que el pragmatismo más ramplón está acabando con los ideales y los sueños, y el egoísmo e individualismo están siendo considerados como valores esenciales.

Tiempos de globalización neoliberal en que el éxito de la macroeconomía se traduce, de hecho, en la generalización de la macropobreza, y miles de millones de personas, los excluidos del festín, ven cómo se aleja cada vez más la posibilidad de una vida digna. De pobres y marginados pasaron a excluidos, a desechables, a poblaciones sobrantes. Al no tener trabajo, no cuentan ni siquiera con el privilegio de ser explotados: simplemente no son, no cuentan, su delito es existir. Mil millones de personas deben vivir con menos de un dólar diario, mientras un reducido grupito de multimillonarios aumentan sus fortunas en 500 dólares cada segundo. En un mundo que produce un 10% más de los alimentos necesarios para que toda la humanidad pudiéramos alimentarnos dignamente, 35.000 niños mueren de hambre cada día. Uno de cada ocho niños (246 millones) es explotado en las formas más peligrosas como la esclavitud, la servidumbre por deudas, la prostitución, la pornografía, el tráfico de órganos.

Tiempos en que se pretende reducir la vida, la tarea y apasionante aventura de la vida, a una mezcla de teleconsumo: televisión y compras. El mundo es un gran mercado y todo, hasta lo más sagrado, se convierte en mercancía. En la actual vorágine del cambio continuo y de una productividad abocada no a satisfacer las necesidades esenciales de las mayorías, sino los caprichos de la minoría que puede pagarlos, el mercado crea permanentemente nuevos productos y la publicidad se encarga de seducirnos para convencernos de que los necesitamos.

Los espacios públicos son acaparados cada vez más por la publicidad, que doblega voluntades y espíritus bajo la férrea tiranía de las modas y las marcas. Ellas prometen y ofrecen (Klein, 2001), todo lo que extrañamos y nos falta: autorrealización, prestigio, amistad, libertad, seguridad, felicidad... Las marcas confieren calidad, pertenencia al grupo de selectos; son valores signo para expresar las diferencias sociales. Las cosas son deseadas y buscadas no por sí mismas, sino por sus apariencias; ellas nos permiten alardear, ostentar, demostrar que pertenecemos al grupo de los exclusivos, del *beautiful people*, nos confieren personalidad ante los demás. De ahí que la publicidad más que productos, vende estilos de vida, emociones, sueños... Para ello, todos los medios son lícitos: el engaño, el exhibicionismo, la violencia, las fantasías eróticas, la degradación y uso del cuerpo... Y también, en consecuencia, son lícitos los medios –robo, asalto, mentira, narcotráfico, venta del propio cuerpo...-para conseguir esos productos que, según nos predicán con insistencia, nos abren las puertas a la felicidad y bienestar, nos van a permitir ser alguien en la vida. Razón por la cual, el consumismo nos consume y todos terminamos comprando ya no lo que necesitamos, sino lo que el mercado necesita que compremos. Anestesiados por los bienes del consumo, por las falsas ilusiones del tener, gastamos el dinero que no tenemos adquiriendo los objetos que no necesitamos.

El consumismo es como las drogas –no en vano hoy se habla de compradores compulsivos, de adicción a las compras-: cuanto más tiene uno, más necesita tener. El hambre de poseer y tener es tan grande que no deja disfrutar de lo poseído: “Use y bote” parece ser el lema que va penetrando las mentes y adueñándose de los corazones. La moda, caduca y pasajera, es de una tiranía avasallante. “*No tengo que ponerme*”, se quejan los y las jóvenes ante un armario reventando de ropa. Se prueban una y otra blusa, falda o pantalón, los desechan, no les convencen. Tienen muchos vestidos, camisas, pantalones... pero ninguno es adecuado. Fue adecuado cuando lo compró, hace una semana, “*ya me vieron con él*”, “*ya no se lleva...*”

Todos necesitamos llenarnos de cosas, de crecer hacia fuera, para tapar el cada vez mayor enanismo de nuestra vida interior y de nuestra creciente soledad. Nos convertimos en pura fachada: dentro sólo existe el vacío. Hemos viajado al espacio exterior a conquistar la luna, pero no hemos viajado a nuestro interior a conquistarnos a nosotros mismos. Vivimos estresados, agitados, angustiados, corriendo cada vez más rápido, sin preguntarnos a dónde vamos. Nunca, en verdad, fuimos tan rápido hacia ninguna parte. Corremos porque todo el mundo corre, para no perder la hora, para no perder el empleo, para no perder el capítulo de la novela... ¿Pero no estaremos así perdiendo la vida?

Nos comunicamos por internet, chateamos con desconocidos en el otro extremo del planeta, pero somos incapaces de hablar con nuestros vecinos. Se nos ha vuelto imprescindible el teléfono celular, pero cada día nos comunicamos menos con nuestros hijos. Lo lejano se acerca, lo cercano se aleja. ¿No se han fijado que la revolución de las comunicaciones es para entrar en contacto con los que están lejos, y que cada día nos comunicamos menos y más superficialmente con los que tenemos a nuestro lado? Intoxicados de una información que se nos ofrece inabarcable y fragmentada, que cambia antes de que seamos capaces de procesarla y convertirla en conocimiento—las últimas noticias son las únicas noticias—, somos unos pobres y desorientados naufragos, más que seguros navegantes, en el agitado océano de internet.

En un mundo de supuestos especialistas y expertos, cada día se aleja más y más de nosotros la verdadera sabiduría, que no consiste en conocer los hechos, sino en ver a través de ellos, más allá de las apariencias y de las explicaciones que corren por la calle. Por eso, hacemos nuestra la inquietud y doliente queja del poeta Elliot: “¿A dónde fue la sabiduría que perdimos con el conocimiento, a dónde fue el conocimiento que perdimos con la información?”.

Es el mundo patas arriba, en expresión afortunada de Eduardo Galeano (1998): los carros manejan a las personas, las computadoras programan nuestras vidas, todo sube de precio menos la vida humana que cada vez vale menos, las cadenas de oro y los zapatos y ropas de marca tasan el valor de las personas, y el televisor es con mucho el personaje más importante de la casa, y el que termina educando a nuestros hijos (se calcula que, en América Latina, los niños de los barrios pasan el doble de horas frente al televisor que en la escuela). ¿Qué se puede esperar de una generación que crece pegada al televisor y que aprende cada día que la violencia, la seducción, el chantaje o la mentira son medios eficaces para resolver los problemas?.

Se calcula que un niño ve al año 2.000 muertes violentas, más incontables agresiones y situaciones amenazadoras, con lo que se va volviendo insensible a la compasión y la piedad. Está comprobado que, a más contemplación pasiva de la T.V., mayor agresividad de adulto (Mardomingo 2002). La adicción a la televisión crea incomunicación. Las peleas por el control se resuelven comprando más televisores, de modo que, en el propio hogar, cada uno se va aislando más y más de los demás. La sociedad del espectáculo genera conductas pasivas, aislamiento, soledad. No es extraño entonces encontrarnos con este texto trágico de **La oración de un niño**, que suena en nuestros oídos como una sonora bofetada porque nos asoma al sinsentido que estamos viviendo y proponiendo:

*Señor, esta noche quiero pedirte algo especial: conviértete en televisor. Quisiera ocupar su lugar para vivir como él en mi casa: tendría un cuarto especial para mí, y toda la familia se reuniría a mi alrededor horas y horas. Siempre me estarían todos escuchando sin ser interrumpido ni cuestionado, y me tomarían en serio. Mi papá se sentaría a mi lado cuando vuelve cansado del*

*trabajo, mi mamá buscaría mi compañía cuando se queda en la casa sola y aburrida, mis hermanos se pelearían por estar conmigo. ¡Cómo me gustaría poder disfrutar de la sensación de que lo dejan todo por pasar algunos momentos a mi lado!.*

*Por todo esto, Señor, conviértete en un televisor, yo te lo ruego.*

## **FORMAR PERSONAS AUTÓNOMAS Y CIUDADANOS SOLIDARIOS**

En un país en que nos encontramos completamente divididos y rotos, y en un mundo que, como acabamos de señalar, nos propone el individualismo consumista como medio para lograr la realización plena y pretende limitar la vida a un mero pasarlo bien, la finalidad de la educación (considero una tautología hablar de educación en valores; si no se educa en valores, no se educa, se instruye y posiblemente se deseduca), debe ser (Pérez Gómez, 1998), la emergencia y el fortalecimiento del sujeto, lo que supone la defensa de la libertad personal y el desarrollo de convivencia y la comunidad. Uno se hace sujeto en la medida en que va tomando las riendas de la propia vida y se va liberando de las dependencias y ataduras.

## **SER PERSONA**

Necesitamos con urgencia una educación que proporcione una brújula para poder orientarnos en este mundo turbulento en que vivimos. Una educación que, en palabras de Mounier, despierte el ser humano que todos llevamos dentro, nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta.

Educación es ayudar a conocerse, comprenderse, aceptarse y quererse para poder desarrollar a plenitud todos los talentos y realizar la misión en la vida con los demás, no contra los demás. La genuina sabiduría se resume en el principio socrático “**Conócete a ti mismo**”. Hoy hay demasiadas personas que saben muchas cosas, que están superinformadas, pero muy pocos se atreven a intentar conocerse a sí mismos.

Para conocerse, es esencial la capacidad de reflexión y silencio. Pero cada vez abundan más y más las personas que son incapaces de estar solas en silencio. El actual mundo, lleno de ruidos, impide la reflexión, el encuentro consigo mismo. Muchos pasan la vida huyendo de sí mismos, llevando dentro de sí a un desconocido, sin atreverse a bucear dentro de sus deseos, anhelos, temores y sueños más profundos... El estilo de vida impuesto por la sociedad moderna aparta de lo esencial, impide a las personas descubrir y cultivar lo que son en potencia; no les deja ser ellos mismos, bloquea la expresión libre y plena de su ser. De ahí que la genuina educación debe ayudar a los alumnos a plantearse las preguntas esenciales y a responderlas con valor: ¿Qué sentido tiene la existencia?, ¿Quién soy yo?, ¿Para qué vivo?, ¿Cuál es mi misión en la vida?, ¿Cómo me concibo como una persona realizada y feliz?

Hoy, desgraciadamente, se evaden estas preguntas. No tenemos coraje para hacerlo. Si la educación no ayuda ni estimula al alumno a plantearse las preguntas con sinceridad, posiblemente pasará toda la vida en la trivialidad, sin saber para qué vivió. Para poder realizarnos plenamente, todos necesitamos enfrentar el misterio de la existencia, que la vida se manifieste como pregunta y el ser humano como interrogado. En palabras de Einstein: “Podemos vivir como si no existiera el misterio o vivir como si todo fuera un misterio”.

El conocimiento de sí mismo debe llevar implícita la propia valoración y autoestima. Todos valemos no por lo que tenemos, sino por lo que somos, porque somos. Todos tenemos valores y carencias o debilidades, que debemos conocer para construir sobre ellos nuestra identidad. Las propias debilidades pueden ser nuestras fortalezas si las aceptamos y nos empeñamos en superarlas. No hay nada más formativo y que ayude a crecer que asumir el error o la deficiencia como propuesta de superación.

Si es bien cierto que sólo si uno se acepta y quiere, podrá aceptar y querer a los demás, no es menos cierto que es imposible quererse si uno no ha experimentado el amor. La autoestima parte siempre de la estima de otro. El sentirse valorado y amado ayuda a crecer y desarrollarse. Todos, en el fondo, buscamos ser amados. El cariño libera la personalidad. Ésta es la lección de tantísimos cuentos donde un beso de una tierna doncella a un sapo repugnante es capaz de convertirlo en un apuesto príncipe. Hay muchos príncipes y princesas por nuestras calles y aulas esperando una mano amiga, una sonrisa.

De ahí la importancia de que los maestros quieran a sus alumnos, de modo que se sientan importantes, valorados, amados. A algunos les va a tocar incluso llenar ese vacío de amor que sus alumnos nunca encontraron en su hogar y curar de este modo las profundas heridas del desamor. En palabras de Margaret Mead, “para algunos, la escuela es un segundo hogar; para otros, el único. Y para no pocos, una cárcel”.

## **ATREVERSE A VIVIR**

No basta con enseñar a conocerse y quererse. El reto de la educación es enseñar a vivir con autenticidad, a ser dueño y señor de la propia vida. La vida es un don, el más precioso de los dones que lo recibimos gratuitamente, pero en nuestras manos está vivirla con sentido o malgastarla vanamente. En nuestro mundo, pocos se arriesgan a tomar la tarea de la vida en serio y a vivirla como una aventura fascinante en búsqueda de la propia realización personal. La mayoría no se atreve a vivir y es vivido por los demás (mercado, modas, costumbres, objetos, rutina, dinero, dirigentes...), sin el valor para ser sujetos de sí mismos. Gastan su existencia en las orillas de la vida, chapoteando en el barro de la trivialidad y superficialidad, incapaces de darle un sentido propio y personal a su existencia.

La vida se va convirtiendo en un episodio irrelevante, que hay que llenar de bienestar y experiencias placenteras. A pesar de que cada vez hay mayor preocupación por alargar la vida y se comienza a hablar cada vez más de calidad de vida, la supuesta calidad se reduce, por lo general, a llenarse de cosas y llevar una vida cómoda, sin problemas. Por eso, si bien algunos se preguntan si hay vida después de la muerte, lo que realmente debería inquietarnos a todos es si hay vida en la vida, es decir, antes de la muerte.

De allí la importancia de una educación que nos enseñe (Peresson, 1999) a amar la vida, a defenderla, a hacerla posible para los que no pueden disfrutar de ella. Hoy la vida está amenazada y negada de múltiples formas. Miles de millones de personas no pueden vivir dignamente y apenas malviven en una miseria atroz. Otros muchos mueren de hambre, de enfermedades fácilmente derrotables, o por una violencia ciega ocasionada por la intolerancia o la miseria. Pueblos enteros sufren el acoso de una dictadura cultural que les impide ser ellos mismos, que destruye sus valores, tradiciones y formas de vida.

La propia naturaleza gime de dolor ante las dentelladas de un desarrollo ciego que destruye sus entrañas y siembra la muerte por todas partes. Surge entonces, la necesidad de una educación desde la vida y para la vida, que combata con valor todos los ídolos de la muerte: egoísmo, consumismo, codicia, violencia, guerra, opresión... y enseñe a amar la cultura de la vida compartida. Hay que educar para la

austeridad y el compartir, para la búsqueda de un desarrollo humano sostenible, que atienda las necesidades de todos y no de unos pocos, que priorice la calidad de vida sobre la cantidad de cosas, y que enseñe a respetar y amar la naturaleza. Debemos convencernos de que la sobrevivencia pasa por la convivencia, y de que el egoísmo y el ecocidio son hoy una especie de suicidio colectivo. Enseñar a vivir implica, en consecuencia, enseñar a convivir, que en estos días de extrema polarización, división e incluso odio, debe convertirse en la tarea educativa más urgente en Venezuela.

En consecuencia, la educación debe promover y garantizar las competencias esenciales para una sana convivencia y para el ejercicio de una ciudadanía responsable:

-Aprender a no agredir ni física, ni verbal, ni psicológicamente a nadie, requisito indispensable para la convivencia social. La agresión es signo de debilidad moral e intelectual. Hay que aprender a resolver los conflictos mediante la negociación y el diálogo, de modo que todos salgan beneficiados de él, tratando de convertir la agresividad en fuerza positiva, fuerza para la creación y la cooperación, y no para la destrucción.

-Aprender a comunicarse, a dialogar, a escuchar al otro como portador de verdad. El que cree que tiene toda la verdad no escucha, sino que trata de imponerla a los demás. Como ya dijimos al comienzo, hoy día hablamos y gritamos, pero cada vez nos escuchamos menos. Hablamos y hablamos, pero no nos esforzamos por entender lo que el otro trata de decirnos, sin escuchar lo que nos quiere comunicar con sus palabras, con sus gritos, con su rubor tímido, con sus palabras mojadas de frustración y sufrimiento, con su silencio. Hay que enseñar a callarse y a escuchar el silencio como lugar para la reflexión y el pensamiento, y como antídoto contra la inhibición provocada por el exceso de palabrería hueca y de informaciones vertiginosas y estridentes. La voz del silencio se hace educativamente necesaria en un mundo con tanto ruido banal y tanto grito para avanzar así hacia un diálogo cada vez más rico y más humanizador. Escuchar el silencio como lugar fecundo y germinador de palabras verdaderas.

De ahí la importancia de una educación que enseñe a conversar, escuchar, expresarse con libertad, aclarar, comprender al otro y lo que dice, defender con firmeza las propias convicciones sin agredir ni ofender al que le contradice. Una comunidad que aprende a conversar, aprende a convivir.

-Aprender a interactuar con los otros, a valorar y aceptar las diferencias culturales, de raza y de género, sin convertirlas en desigualdades. Aprender a tratar con cortesía, a colaborar, es decir, a trabajar juntos, a decidir en grupo, a considerar los problemas como retos a resolver y no como excusas para culpar a otros.

-Aprender a cuidarse, a cuidar a los otros, a cuidar el ambiente, las cosas colectivas, los bienes públicos que pertenecen a todos, combatiendo el desinterés del público por lo público. Aprender a esforzarse y a trabajar con responsabilidad y calidad, medio esencial para garantizar a todos unas condiciones de vida digna (vivienda, alimentación, educación, trabajo, recreación...), como factores esenciales para la convivencia pacífica. Si gran parte del pueblo no cuenta con condiciones adecuadas de vida y apenas sobrevive penosamente, no será posible la convivencia. Por ello, hay que combatir la hipocresía que proclama los derechos de todos e impide su realización. La defensa de los derechos humanos esenciales se transforma en el deber de hacerlos posibles y reales para todos.

-Aprender a valorar la propia familia, cultura y religión, a reconocer y afincarse en las raíces culturales y sociales, y a respetar las familias, culturas y religiones diferentes dentro y fuera de cada país, combatiendo los dogmatismos, fundamentalismos e intolerancia de quienes quieren imponer una única forma de pensar, de creer, de vivir. La diversidad y el respeto a las minorías es tan importante como el gobierno de las mayorías. El fanatismo es odio a la inteligencia, miedo a la razón.

-Aprender a desarrollar la autonomía personal, la confianza, el respeto, la responsabilidad y la corresponsabilidad, el compromiso personal y social, la cooperación y la solidaridad. En definitiva sólo será posible convivir, es decir, vivir con los demás, si hay personas dispuestas a vivir para los demás. Educar en la solidaridad supone despertar la comprensión, el amor, el sentido de justicia actuantes. La solidaridad verdadera nos libera de la demagogia y de la retórica, del afán de poder y tener. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos y afectos. Tenemos que sentir el hambre de los otros como nuestra propia hambre, la falta de trabajo de los otros como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra derrota.

## **LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD**

Enseñar a vivir plenamente es, en definitiva, enseñar a ser libres. La tarea más importante de la vida debe ser la conquista de la libertad. Pero la libertad, que es autonomía responsable y superación de caprichos y ataduras, se viene confundiendo cada vez más con la capacidad de responder a las seducciones del mercado y a la satisfacción del instinto continuamente estimulado por él. Se confunde, con su contrario: la total dependencia, la esclavitud al mercado o los caprichos. Cuanto más se llenan las personas de cadenas, más libres se sienten.

Libre es la persona que logra desamarrarse de sus miedos, caprichos y ataduras, y vive comprometido en la conquista de sí mismo. Sabe que el ser humano es tarea y aventura. Por ello es capaz de vivir toda experiencia, por dura y dolorosa que sea, de un modo pleno. Es en consecuencia, capaz de vivir con dignidad hasta su propia muerte.

Hoy hace falta mucho valor para atreverse a ser libre. Para levantarse del consumismo, la indiferencia y el egoísmo, al vuelo valiente de la austeridad, la participación y el servicio. De ahí la necesidad de una educación que forme la voluntad y enseñe el coraje, la constancia, el vencimiento, el sacrificio, valores esenciales para perder el miedo a la libertad.

En un mundo que, cada vez más, nos va llenando de cadenas, la genuina libertad debe traducirse en liberación, en lucha contra todas las formas de opresión y represión. Sólo donde hay libertad hay disponibilidad para el servicio, que ayuda a los demás a romper sus propias ataduras. Ser libre es, vivir para los demás, disponibilidad total.

## **¿ES POSIBLE EDUCAR HOY? ¿CÓMO HACERLO?**

Comenzaremos afirmando que, en nuestra actual cultura, cada día está resultando más y más difícil educar en valores o simplemente educar. Incluso podríamos preguntarnos con Santos Guerra (2001), si educar en valores y educar para la vida no son acaso tareas opuestas y contradictorias. La vida en buena

medida es violenta, insolidaria, injusta, falsa... A los educadores se nos pide que preparemos para el pacifismo, solidaridad, tolerancia, justicia, autenticidad... Si tomamos en serio esta tarea ¿No estaremos acaso formando perdedores?

Hasta hace unos años, era relativamente fácil educar. En primer lugar, había consenso entre lo que se consideraba bueno y malo y –lo que es más importante–, la búsqueda y vivencia del bien parecía ser tarea de todos. De ahí que, en general, había una gran coherencia entre lo que se practicaba y enseñaba en la casa (todo el mundo, por ejemplo, consideraba el robar algo malo y por eso podían decir con sinceridad y orgullo “somos pobres pero honrados”); lo que se vivía en la calle (cualquier persona se consideraba con autoridad para llamar la atención y denunciar las conductas irregulares); lo que se enseñaba en las escuelas y lo que se predicaba en las iglesias.

En cierto sentido, toda la sociedad asumía su papel de educadora. Hoy, esto ya no es así: los padres parecen haber renunciado a su deber de primeros y fundamentales educadores y le reclaman a los maestros que desempeñen el papel que ellos no supieron cumplir. Renunciaron al autoritarismo, pero no han sabido reconstruir un principio de autoridad que sirva de referencia para la construcción de la identidad personal y social de niños y jóvenes.

Por otra parte, las iglesias cada vez influyen menos en la sociedad, especialmente entre los jóvenes, que crecen en un ambiente de total relativismo ético, donde se impone el pragmatismo del TODO VALE y del SÓLO VALE (todo vale si me produce bienestar, placer, beneficio, ganancia...; sólo vale lo que me produce bienestar, placer, beneficio, ganancia...). El valor y el antivalor se confunden. Cada uno decide lo que es bueno o malo. El fin justifica los medios. La eficacia en la productividad y la ganancia se convierten en el criterio definitivo de bondad. Lo que es eficaz es necesario; lo que se puede hacer, se debe hacer.

Ante esta avalancha deseducadora, las escuelas se sienten solas y desorientadas, impotentes para promover unos determinados valores que la sociedad no está dispuesta a practicar y que, incluso considera inapropiados para triunfar en la vida. A los educadores se les pide mucho y se les da muy poco. Se les pide que sean padres, pedagogos, psicólogos, orientadores... Con frecuencia reciben alumnos socializados negativamente, acostumbrados a considerar la mentira, el robo, la agresión y la violencia como medios lícitos y eficaces para resolver los problemas y triunfar en la vida. Incluso en algunos casos extremos, la pertenencia al grupo se conquista con algún hecho de violencia extrema, que por ello se considera como el mayor de los valores. De ahí que, cada vez más, los educadores deben enfrentar desde el desinterés y la apatía de sus alumnos, hasta la hostilidad descarnada y la violencia más atroz, en unas aulas que se van convirtiendo en espacios ingobernables. Ante esta realidad, muchos han tirado la toalla, tratan de reducir su papel al de meros instructores, o piensan que la formación moral de los alumnos debe reducirse a la creación de una asignatura de ética, que debe ser impartida por un especialista. De este modo se oculta la hipocresía o al menos la contradicción de hablar de solidaridad, cooperación y libertad en instituciones que fomentan la desigualdad, el individualismo, y la sumisión.

Tras largos años de preocupaciones y búsquedas, en Fe y Alegría hemos ido comprendiendo tres cosas fundamentales: en primer lugar que es imposible educar en valores si los educadores, todos los educadores, no nos esforzamos por vivirlos y enseñarlos con nuestra propia forma de ser y de actuar.

Una educación en valores debe, por consiguiente, integrar el pensar, el sentir y el actuar. Los principios éticos no sólo deben ser enunciados, sino personalizados como principios de vida. Deben penetrar en los sentimientos y aspiraciones y manifestarse en la conducta. Por eso nosotros estamos comenzando a hablar de la pedagogía del testimonio.

Con frecuencia, hablamos de valores, proponemos valores, mostramos valores, reflexionamos valores, pero no los enseñamos porque no los vivimos, porque no nos comprometemos a encarnarlos en nuestro actuar cotidiano. Educar valores implica que cada maestro y profesor entiende y asume que no es solo docente de una determinada materia, sino que fundamentalmente es maestro de humanidad, educador del corazón y de la vida. Los alumnos no sólo aprenden de sus profesores, sino que aprenden a sus profesores, pues si bien uno explica lo que sabe o cree saber, UNO ENSEÑA LO QUE ES.

Por lo antes expuesto, es que es imposible educar de un modo neutro: todos educamos o deseducamos, y esto no tanto por lo que decimos o proclamamos, sino por lo que hacemos y somos: Si eres generoso, enseñas generosidad; si eres inquieto, preocupado, ávido de saber y descubrir, transmites ganas de aprender; si eres superficial y flojo, estás enseñando superficialidad y flojera; si vives amargado y te la pasas quejando, enseñas pesimismo, desconfianza... De ahí que, en Fe y Alegría, venimos privilegiando la formación permanente de todos los docentes, una formación que se orienta fundamentalmente a construir la personalidad e identidad de genuino educador. Para nosotros, formarse es construirse, soñarse, inventarse, llegar a ser esa persona realizada que late en las posibilidades de cada uno.

En segundo lugar, hemos ido comprendiendo que no es posible educar en determinados valores si los centros educativos no los incorporan a su estructura y funcionamiento. Si queremos lograr alumnos participativos y críticos, cooperativos, solidarios... el ejercicio educativo tiene que ser participativo y crítico, cooperativo, solidario... De ahí que el énfasis no puede estar en *educar para*, sino en *educar en*: educar en la participación, en la creatividad, en la cooperación, en la solidaridad. De bien poco va a servir que proclamemos las bondades de la participación, si mantenemos una estructura, tanto en el centro educativo como en el aula, autoritaria y vertical. No lograremos alumnos cooperativos y solidarios, por mucho que proclamemos que es nuestro objetivo, con una pedagogía que promueve el trabajo individual, la competitividad, el éxito personal... Es necesario concebir y estructurar los centros educativos como comunidades de vida, de participación, de diálogo, trabajo y aprendizaje compartido, de tolerancia y discusión abierta sobre las tendencias socializadoras.

Comunidades educativas en las que se aprende porque se vive, porque se participa, se construyen cooperativamente alternativas a los problemas individuales y sociales, se fomenta la iniciativa, se toleran las discrepancias, se integran las diferentes visiones y propuestas, se asume y enriquece el clima cultural de la comunidad circundante, se respira un aire que alimenta la amistad, la gratuidad, el servicio, la cooperación, la solidaridad. Se trata, en definitiva, de transformar profundamente los actuales centros educativos, para que sean semillas y ya también espejos de la nueva sociedad.

De ahí que el modo de gestión y organización; las formas de ejercer la autoridad y el poder, que se entiende como poder que empodera a los demás, que los hace crecer; los canales de participación que se abren para que todo el mundo pueda ofrecer su aporte; la manera en que se resuelven los problemas y se enfrentan los conflictos; la forma en que se tratan los diferentes miembros de la comunidad educativa; el

respeto a la diversidad y las diferencias; la responsabilidad y el compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones; la defensa de los derechos de todos, en especial de los más débiles; la solidaridad y discriminación positiva que privilegia a los más necesitados y estimula la pedagogía del éxito para todos; los modos de celebración, ocio, trabajo y producción; deben en cierta forma expresar los valores y formas de vida y de organización de la sociedad que buscamos y queremos. Se trata en breve, de sembrar en la práctica los valores que pretendemos cosechar; de que el currículo explícito y el currículo oculto vayan en la misma dirección.

Como tercera cosa, y ya para terminar, hemos aprendido que es muy poco lo que lograremos en una pretendida formación en valores, si no integramos el centro educativo con la familia, con la comunidad, y con la sociedad en general. La familia es la primera formadora o deformadora. Los niños aprenden a valorar lo que valoran sus padres, las personas con las que viven. No es mucho, por consiguiente, lo que podrá lograr un centro educativo si trata de sembrar y cultivar unos determinados valores que la familia rechaza o no está dispuesta a vivir. En el mejor de los casos, si el centro educativo va por un lado y la familia por el otro, estaremos formando jóvenes desorientados, que no saben para dónde agarrar, y que terminarán sin hacer caso a la escuela ni a los padres.

Se requiere integrar al centro educativo con la familia y la comunidad, e iniciar procesos colectivos de clarificación de valores y de auténtica formación humana y social. Este proceso de clarificación y formación entre la familia, la escuela y la comunidad debe llevar a una lectura crítica de los valores que promueven los medios, los dirigentes políticos, gremiales, y la sociedad, y a una disposición a esforzarse por vivir aquellos que se consideran fundamentales. Padres, maestros y dirigentes deben plantearse, con humildad y con responsabilidad, ir siendo modelos de vida para sus hijos, alumnos, y ciudadanos, de modo que estos los perciban como personas seriamente comprometidas en su continua superación. Sólo podrá enseñar valores el que se esfuerza por enseñárselos a sí mismo, el que lucha por levantarse de sus propias debilidades y se esfuerza día a día por ser mejor.

Si esto es así, si estamos convencidos que la educación es el medio fundamental para tener sociedades fuertes, habitadas por ciudadanos responsables y solidarios, es urgente garantizar a todos una educación de calidad. Educación que les permita el pleno desarrollo de sus talentos y potencialidades. Educación que despierte el gusto por aprender, por superarse, que fomente la creatividad y el afán de construirse a sí mismo responsablemente con los demás.

Si realmente estamos convencidos de esto, la educación debería ocupar el primer lugar entre las preocupaciones públicas y entre los esfuerzos nacionales. Si es un derecho, es también un deber de todos. Por lo tanto, es necesario asumir la educación como tarea de todos, como proyecto nacional, objeto de consensos sociales, amplios y duraderos. Por ello, deberíamos asumir una economía de guerra en pro de la educación. Guerra frontal contra la ignorancia, contra la pobreza, contra la ineficiencia, contra el derroche, contra la malversación, contra la retórica, contra el personalismo, contra la mediocridad. Hay que convertir las proclamas y discursos en políticas. Hay que superar la mentalidad clientelar y politiquera, la cultura del “ma-o-menos”, de los derechos sin obligaciones, del que me den o “me pongan donde haiga”, para abrirnos a una cultura del esfuerzo, de la obra bien hecha, de la productividad, del servicio y de la solidaridad.

## **BIBLIOGRAFIA**

- Galeano, E. (1998), **Patatas arriba. La escuela del mundo al revés**. Madrid. Siglo XXI.
- García, B. (1996), **Educación en valores, un reto para la escuela**. Fe y Alegría, Colección Procesos Educativos, N. 12.
- Klein, N. (2001), **No Logo. El poder de las marcas**. Barcelona. Paidós.
- Mardomingo, M. J. (2002), **Psiquiatría para padres y educadores**. Madrid. Narcea.
- Peresson, M. (1999), **Educación para la solidaridad planetaria**. Bogotá. Indoamerican Press y Librería Salesiana.
- Pérez Esclarín, A. (1997), **Más y mejor educación para todos**. Caracas. San Pablo.
- \_\_\_\_\_ (1998), **Educación valores y el valor de educar. Parábolas**. Caracas. San Pablo.
- \_\_\_\_\_ (1999), **Educación en el tercer milenio**. Caracas. San Pablo.
- \_\_\_\_\_ (2000), **Nuevas parábolas para educar valores**. Caracas. San Pablo
- \_\_\_\_\_ (2002), **Educación para globalizar la Esperanza y la Solidaridad**. Caracas. Distribuidora Estudios y Fe y Alegría.
- Pérez Gómez, A. (1998), **La cultura escolar en la sociedad neoliberal**. Madrid. Morata.
- Santos Guerra, M. A. (2001), **Una tarea contradictoria: Educación para los valores y preparar para la vida**. Buenos Aires. Editorial Magisterio del Río de La Plata